

Un país en dos tiempos

Singular contrapunto de nuestra realidad en las exposiciones de Horacio Coppola y Leonel Luna

Por Alicia de Arteaga

De la Redacción de LA NACION

Más de setenta años separan las imágenes capturadas por la cámara de Horacio Coppola, de los trabajos realizados por Leonel Luna en un lenguaje híbrido que cruza la barrera mental que separa fotografía de pintura.

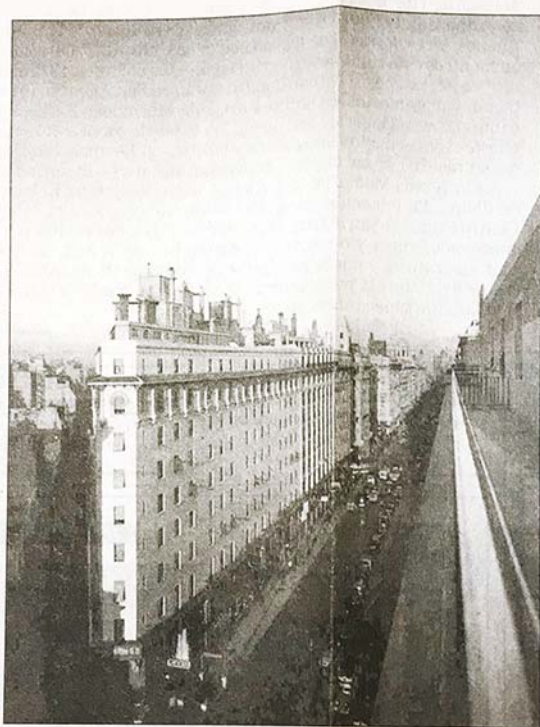
A los dos artistas les tocó vivir una Argentina diametralmente opuesta, aunque en algún caso y de manera fortuita sus fotos tengan inquietantes puntos de contacto, como sucede en las tomas de la calle en fuga que ilustran este comentario.

Nacido en 1906, criollo de sangre italiana, Horacio Coppola representa la excelencia de la fotografía, técnicamente irreprochable, siempre atento a un principio incommovible, según destaca Ernesto Schoo en el prólogo que escribió para la muestra del Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM): no forzar jamás la relación natural, cotidiana, de los volúmenes, las formas y -factor esencial- las luces y las sombras.

De pequeño formato, fiel al principio que dio origen a la galería, la selección que se exhibe en Jorge Mara-La Ruche confirma la estirpe sensible del gran retratista de Buenos Aires, con el hándicap único de haber fotografiado la ciudad al cumplir cuatro siglos de ser fundada; en el límite de su primer esplendor y en el umbral de la modernidad.

La Argentina cerraba en esa década, los treinta, cincuenta años de paz política y prosperidad económica. Con la nueva arquitectura de inspiración racionalista se renovaba el perfil de las grandes avenidas que eran la caja de resonancia de una nación próspera. Lejana y ajena Buenos Aires, en el blanco y negro de las fotos de Coppola tiene el color de la nostalgia. Por momentos, la cámara registra el paisaje urbano, los negocios de barrio, el vendedor ambulante, el café, la esquina o el chico de la villa vestido de domingo, pelo engominado, pose de compadrito.

Otras veces, Coppola administra las luces y sombras con la plasticidad de un artista. El coche avanza detrás de la figura humana apenas detenida, capturada en ese instante fugaz que se vuelve eterno.



Av. Pte. Roque Sáenz Peña, 1936, de Horacio Coppola

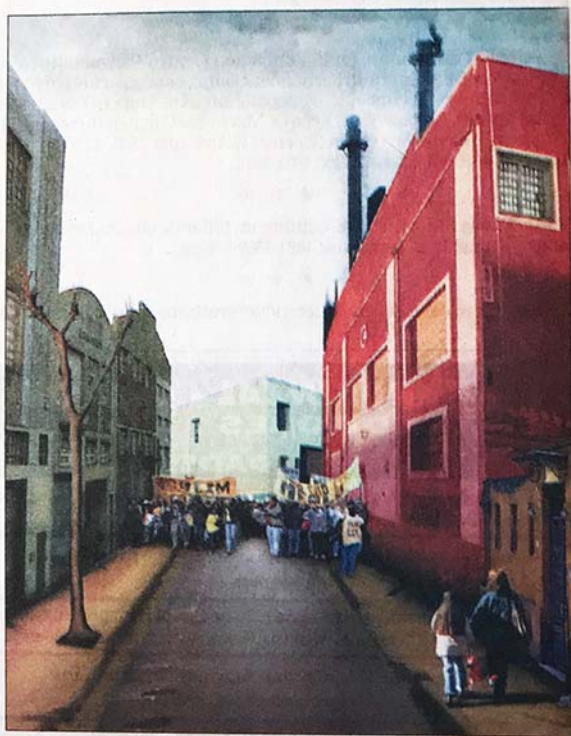
No es casual que el IVAM, pionero en la legitimación del arte contemporáneo en la España socialfeligipista, haya consagrado a Horacio Coppola una gran retrospectiva. Su director era entonces Juan Manuel Bonet, el historiador del arte enamorado de las vanguardias, admirador del universo borgiano, que lleva hoy las riendas del Reina Sofía de Madrid. Varios de los puntos rojos que se ven en la muestra de Mara -señal de obra vendida- tienen como responsable al mismo Bonet.

(En Jorge Mara-La Ruche, Arenales 1321, hasta el 10 de octubre)

A su manera

Leonel Luna nació en Buenos Aires, en 1965. Estudió en el Instituto Lavardén y en la mítica Manuel Belgrano. Su trayectoria es la emblemática de un artista de los años 90: trabajó en el taller de Kuitca, becado por la Fundación Proa; tuvo la beca de Antorchas para escultura y objeto, dirigida por Pablo Suárez y Luis Benedi, y acaba de recibir el diploma de honor Konex 2002 en la categoría arte digital, aunque ni Luna ni su obra admiten rótulos estándar.

Genial manipulador de imágenes, se permite las cruces más audaces, como sobreim-



Fábricas, 2002, impresión sobre vinilo, de Leonel Luna

primir una imagen actual (¡y rubia!) sobre *El despertar de la criada*, de Eduardo Sívori, y recrear la escena dramática de *La fiebre amarilla*, del oriental Blanes.

La misma operación se concreta con *Manifestación*, de Antonio Berni. Al maestro rosarino le roba el paisaje villero, entorno natural de Juanito Laguna, y entroniza en él a Fernanda Laguna, la creadora de *Belleza y felicidad*, que por argumentos propios también está más allá de los rótulos convencionales. (En Luisa Pedrouzo, Arenales 834, hasta el 19 de octubre)